

taba, además de una gran energía contra las corrientes de la oposición, contra el espíritu rebelde de las masas, contra los planes aventurados de los círculos militares, y contra las conspiraciones, una acción afortunada en la esfera de la política exterior.

Y esta no faltó: los enemigos de Rusia esperaron en vano el éxito de las crisis interiores que en el imperio ocurrían,

para poder oponerse á los vastos proyectos que formaba la emperatriz en el terreno internacional. Así como el triunfo conseguido en las cuestiones polaca y oriental llevaba consigo la consolidación del trono de la emperatriz, del mismo modo la victoria alcanzada sobre los enemigos interiores facilitó la supremacía de Rusia, durante el reinado de Catalina, en las distintas cuestiones de la política extranjera.

LIBRO TERCERO

POLITICA EXTRANJERA

CAPITULO PRIMERO

SITUACION PERSONAL DE CATALINA EN LA POLITICA EXTRANJERA. PRIMEROS PASOS

Correspondencia de Catalina con Federico II.—Correspondencia con José II.—Correspondencia con Gustavo III.—Su trato personal con los diplomáticos.—Situación en 1762.—Prusia.—Austria.—Francia.—Relaciones con Dinamarca.

En las observaciones que en su libro diario escribió la gran duquesa Catalina en los últimos tiempos del reinado de Isabel, se encuentra una serie de máximas encaminadas todas á proclamar una política pacífica. Así, entre otras cosas, se dice: «Este gran imperio necesita la paz, pues nos es indispensable aumentar la población. Bajo el punto de vista del exterior, la paz puede darnos mayor preponderancia que los azares de una guerra siempre ruinosa (1).»

En el momento mismo de su advenimiento al trono, sostuvo Catalina que Rusia necesitaba por lo menos algunos años de paz.

Al propio tiempo, sin embargo, deseaba alcanzar fama y consideración; era preciso enmendar algunas faltas cometidas por los anteriores gobiernos, y dar á la Rusia una completa independencia del sistema político de este ó de aquel Estado, Austria ó Prusia, y para ello se necesitaba que observara una conducta independiente en las cuestiones de política exterior. Durante el reinado de Isabel, se habían seguido los impulsos del Austria: Pedro III estaba dispuesto á representar el indigno papel de vasallo de Prusia; Catalina se debía á sí misma y debía á su imperio observar una conducta independiente.

No pasó mucho tiempo sin que Rusia fuera solicitada por las demás potencias, hasta tal punto, que en todas las cuestiones europeas la situación y la opinión de Rusia eran tenidas en grande estima. Con más éxito que los precedentes gobiernos supo Catalina aprovecharse del antagonismo entre los demás Estados para robustecer la importancia de Rusia.

(1) *La paix nous met la balance à la main bien plus que les hasards d'une guerre, toujours ruineuse. Ilustración de la Sociedad histórica, VII, 85.*

Favorable en extremo fué para ella la gran enemistad que entre Austria y Prusia existía; y dió una prueba de sus excelentes dotes políticas en la conducta que observó en las cuestiones polaca y oriental; en el talento que desplegó para explotar las debilidades de ambos vecinos, llevar á cabo sus conquistas y sostener la preponderancia de la política rusa en lo que á Suecia, fuerte bajo Gustavo III, se refería; en la manera que tuvo de aprovechar la tensión de las cuestiones alemanas, para ejercer en ellas su arbitraje; y en la influencia que logró adquirir en las cuestiones entre Inglaterra y Francia. Catalina huía de todo sistema abstracto y según entonces lo exigían las circunstancias procedía con arreglo á su interés político propio. Nunca se dejó influir por las opiniones de sus favoritos ó ministros; enfrente de la opinión de un Panin ó de un Potemkin, exponía siempre la suya, y sabía apreciarla prácticamente; nunca dejó de ser su propio ministro, teniendo siempre la iniciativa en la esfera de la política exterior como en todas las demás cuestiones. Esta circunstancia aumentaba los atractivos, á la par que la responsabilidad del cargo que desempeñaban los embajadores extranjeros en la corte de Catalina. Siempre se encontraba dispuesta á exponer su opinión en las discusiones personales sobre cuestiones políticas, demostrando que dominaba todos los detalles de los asuntos y conocía la manera técnica de tratarlos.

Los hombres á quienes estaba confiada la dirección de la política exterior no tenían que hacer más que cumplir la voluntad de la emperatriz, contentándose con ser sus auxiliares. Ni el papel que desempeñaba Panin ni el que representaba Besborodko, pueden compararse con el que estaba confiado á Bestusheff en la corte de Isabel, ni con la consideración de que gozaba Kaunitz en la de María Teresa.

Panin tenía más carácter político que Besborodko, y este era superior á aquel en los conocimientos técnicos de los negocios; sin embargo, ni el uno ni el otro pudieron ejercer influencia alguna en el ánimo de la emperatriz, la cual seguía siempre su propio impulso. Cuando, en 1780, Panin desaprobó el movimiento realizado por Catalina trocando por la de José II la alianza de Prusia, la emperatriz siguió su política sin consideración alguna á su ministro, el cual, sin

abandonar nominalmente su cargo, se vió relegado á segundo término, y dada la energía con que sostenía sus opiniones, esto equivalía á condenarle á inanición. Besborodko que, en la segunda mitad del reinado de Catalina, se encargó de los asuntos de política exterior, era más dócil y por lo tanto más apto para el servicio de la emperatriz, la cual supo utilizar su talento para los detalles. Catalina no necesitaba de consejero alguno para saber la dirección que á su acción política



ALEXANDRE COMTE DE BESBORODKA
Grand Maître de la Cour de Sa Majesté
Son Conseil privé Usuel Directeur général des Postes
et Grand Croix
Imperial de toutes les Russies
Chevalier des Ordres de S. André de S. Alexandre Nevski
de celui de S. Vladimir
Grand par le Priglasement d'Empereur

Alejandro, conde de Besborodko. Reducción del grabado de Jaime Walker. Cuadro original de Juan Bautista Lampi (1751-1830)

debía dar. Así como es difícil concebir un Federico el Grande al frente de un Estado constitucional, del mismo modo Catalina no hubiera sido propia para subordinar sus opiniones á las de cualquiera de sus ministros que discordara de ella.

La experiencia demostró que Catalina había tenido razón al contar en sus propias fuerzas; pues pudo estar satisfecha de los resultados de su política. En 1773 Panin describió con colores halagüeños estos resultados en una Memoria redactada para Barjatinsky, que iba de embajador á París, en los siguientes términos: «La dirección general de los asuntos se distribuye entre los Estados, en la medida de la aptitud que para ellos muestran. Hasta el reinado de Catalina, y á pesar de todos los triunfos conseguidos durante la guerra

prusiana, Rusia desempeñó el papel de potencia de segundo orden, pues cayó, en Schlepptau, en el lazo que le tendían sus aliados. Cuando el advenimiento de S. M. al trono, había en Europa dos partidos: á uno de ellos pertenecían el Austria, la Francia, la España y una gran parte de los príncipes del imperio: al otro, Inglaterra y Prusia. Durante el reinado de Pedro III, la Rusia, cambiando repentinamente de sistema político, de enemiga que era se había convertido en firme aliada del último grupo, quedando en su consecuencia Estado dependiente de los intereses de los demás. Cuanto mayor fué la influencia que perdió la Rusia, á consecuencia del repentino cambio operado en su política exterior, en las negociaciones para el arreglo de las cuestiones europeas, tanto más trabajoso era después el recobrar lo perdido. Pero el